

“A esperar, pues, que la tremenda hora  
Del anhelado vaticinio llegue,  
Y que á la Europa que mi ser no adora  
Vuesra rabiosa muchedumbre anegue:  
Y la mar que os divide bramadora  
Con humanos cadáveres se ciegue,  
Y toda esa grandeza malhadada  
Al polvo torne de do fué sacada.”

Así dijo Luzbel; pero fué en vano,  
Que al mostrar el Eterno su semblante,  
Huyó, cual humo dócil y liviano  
Llevado en alas de huracan sonante;  
Huyó, cual si otra vez viera en la mano  
Del arcángel la espada llameante,  
Y de Miguel la voz que le dijera  
*¿Quién como Dios?* al despeñarse oyera.

Huyó, que en vano sobre firme asiento  
Se levanta su fábrica de errores,  
Envenenando con mortal aliento  
El alma y dando al corazon dolores:  
Son sus templos alcázares de viento,  
Falsos sus triunfos, ciertos sus horrores,  
Y el entusiasmo que en las almas cria  
Rápida exalacion, nube vacía.

Dios levantó sobre el error su mano,  
Y lanzó al español cual lanza al trueno;  
Lo vistió con su aliento soberano,  
La fortaleza derramó en su seno,  
Y le dijo: “Traspasa el Oceano,  
Y hallarás unas gentes do el veneno  
De Satanas bajo mi cielo dura  
Y el mal recibe adoracion impura.

“Muéstrate con mi cruz y con tu espada  
Ante esa gente, misionero armado  
Que llevas en la frente bautizada  
Luz de apóstol y esfuerzo de soldado;  
Estirpa la semilla malhadada  
Que se regó con aguas de pescado,  
Los sanguinarios ídolos destruye  
Y mi culto á su culto sustituye.

“Yo te guiaré, como á Israel un dia,  
Del desierto en la arena abrasadora;  
Fuego de noche y nube por el dia  
Caminará delante de tu prora:  
Removeré tormentas de la vía  
Do se arrastre tu quilla cortadora,  
Y á los vientos diré que no te asalten  
Adversos nunca ni á tu rumbo falten

“Marcha, que yo tu conductor y amigo  
Te infundiré consejos de denuedo,  
Y al sordo corazon de tu enemigo  
Llamaré con oráculos de miedo.  
Marcha; mi rayo marchará contigo:  
Tu número no cuentes, que yo puedo  
Transformar á los hombres en atletas  
Que triunfen con el son de sus trompetas.”

Dijo Dios, y los ídolos cayeron:  
El Anáhuac gimió como doncella  
Que ha perdido su amor; sus hijos vieron  
Surcar el suelo con profunda huella  
De la conquista el carro, y tras él fueron  
La Muerte que sus lutos atropella,  
Y el Hambre y Peste devorando vidas  
En implacable trinidad unidas,

Oh! si pudiera con robusto canto,  
Vapor del fuego que mi pecho abrasa,  
Decir de las ideas el encanto  
Cuyo tropel sobre mi frente pasa!  
Oh! si pudiera, cual se exhala en llanto  
La aficcion que los ánimos traspasa,  
Exhalar en sublimes armonías  
Mis recuerdos, mi amor, mis profecías!

Pero no. Dios mi poquedad me ha dado,  
Y yo de mi impotencia no me quejo:  
Venga otro bardo y siegue afortunado  
La rica mies que á mis espaldas dejo:  
Yo, como el ave de su nido amado,  
De la carrera que emprendí me alejo,  
Tal vez el alma de amargura llena,  
Tal vez transido el corazon de pena.

Dios me mandó cantar. Yo de rodillas  
La inspiracion de su mirada espero,  
Como espera el terreno las semillas  
Para henchir con sus frutos el granero:  
De mi canto en las cláusulas sencillas  
El último es su nombre y el primero;  
Sobre mi lira glosó su vocablo,  
Y en tono humilde á los humildes hablo.

Dios me mandó cantar. Vibró su acento  
En mí, como el susurro de la noche,  
Cuando esquivando su glacial aliento  
Prende la rosa el encendido broche.  
Ante mí en alas de ruidoso viento  
Cruzó veloz el luminoso coche  
Que á la voz del Anciano de los dias  
Llevó á los senos del Eden á Elias.

Dios me mandó cantar en el lenguaje  
En que á los mundos caminar impera,  
Cuando la muda sombra su ropaje  
Tiende estrellado por la azul esfera:  
Y yo, que al seno de mi mente traje  
De su mirada la vivaz hoguera,  
Salté, cual ave al despuntar el día,  
Del lecho de la inercia en que dormia.

Por eso las profanas emociones  
Espresa mal el arpa consagrada,  
Y no sé penetrar en las mansiones  
Do establece la guerra su morada:  
Por eso siempre á los celestes dones  
Está mi voz como mi mente atada,  
Y obedeciendo á superior consejo,  
Canto á la Virgen y á los héroes de jo.

virtudes que el hogar  
de la tierra embellece  
sucesion el h  
encia revo

Vosotras sois las voces de mi cuna,  
De las que es hoy mi corazon el eco,  
Y que no trocaré de la fortuna  
Falsa y mudable por el nombre hueco:  
Esvuestra luz como de blanca luna  
Que el ojo ablanda por la furia seco,  
Mientras luz de relámpago es la gloria,  
Que cruza el firmamento de la historia.

Ayudadme vosotras á que cuente,  
Si tanto puede vuestra escelsa ayuda,  
El prodigio de amor mas eminente  
Que en vano quiso contrastar la duda.  
Con santo númen la piedad ferviente  
Inflame el corazon y al labio acuda,  
El hondo Infierno desatado luce,  
Y de hinojos América me escuche,

México apenas la mortaja helada  
De la barbárie desgarrado habia,  
Cual desgarró la oruga alborozada  
La túnica que humilde la encubria,  
Y en gentil mariposa transformada,  
Juega en sus alas con la luz del día,  
En caprichoso alarde de colores  
Bebiendo sol y enamorando flores.

Sobrepuesta la cruz de Constantino  
De Moctezuma en la imperial corona,  
Al irradiar su resplandor divino  
Los mundos con los mundos eslabona:  
La augusta religion del Uno y Trino,  
La fé en el Dios que ampara y que perdona,  
De Europa ya los limites escede,  
Y el ciego error confuso retrocede.

Rugió el Infierno con sangrienta ira,  
De su mansion los ejes dislocando,  
Al ver que su dominio se retira  
Como una inundacion que va menguando,  
Y que triunfante por do quier se mira  
La cruz contra la cual dragon infando,  
Viendo que al hombre de sus iras libra,  
Trífida lengua venenosa vibra.

La cruz, donde cual víctima espiatoria  
Rindió Jesus el último suspiro,  
Y de la muerte consiguió victoria  
Que puso coto á su insaciable giro:  
La cruz, que en trono de celeste gloria  
Sobre los mundos ensalzada miro,  
Anonadando la grandeza hueca  
Del sol del Inca y de la sierpe Azteca.

A cubrir empezaba el jaramago  
El palacio imperial de Moctezuma,  
Ya resentido por el fiero estrago  
Conque la guerra su opulencia abruma:  
Templos y estancias, del Azteca halago,  
De escombros eran lamentable suma,  
Y aun no habia la fiebre macilenta  
Bien enjugade su segur sangrienta.

Pero aquello pasó. De la victoria  
El sol radió benéfico y luciente,  
Y con reflejos de futura gloria  
El porvenir doró de nuestra gente.  
Calamidad precisa, transitoria,  
Principio fué de saludable fuente,  
Y vencedora la celeste gracia  
Quedó por fin de la infernal falacia.

Venció, que el Dios cuya paterna mano  
La antigua rueda de los tiempos mueve,  
Y valladar de arena al Oceano  
Impone que á romper jamas se atreve,  
Aquel que de su ser en el arcano  
Del porvenir los términos embebe,  
Quiso librar á América del yugo  
A que el Infierno someterla plugo.

Quiso y fué: de perdidas profecias  
Eco remoto los sucesos fueron,  
Y así como al principio de los días  
Del caos las entrañas se movieron,  
Y al compas de inefables armonías  
El giro de los orbes dispusieron,  
En confusion de sombras y arreboles  
Formas brotando y produciendo soles.

Así al sonar el bienhadado día,  
De su ignorancia México renace,  
Y el que en abyecta oscuridad vivia  
Con las nuevas palabras se complace:  
Del bienestar ensánchase la vía;  
De la tartárea adoracion deshace  
La densa niebla el rayo placentero  
Que brota de los ojos del Cordero.

El amor celestial, etérea lumbre  
Que con su misma llama se alimenta,  
Grato descende de la escelsa cumbre  
En alas de la fã que lo sustenta,  
Y aniquilando de impiedad la herrumbre  
En las entrañas del mortal se asienta,  
Llenando con su ardor los corazones  
Y colmando las almas con sus dones.

La Europa de sus ciencias y sus artes  
Aquí el árbol riquísimo trasplanta,  
Y á la sombra de iberos estandartes  
Una fábrica eterna se levanta  
De goce y de labor: por todas partes  
Da el religioso su palabra santa  
A las turbas que atónitas le escuchan,  
Y con recuerdos del pasado luchan.

¡Señor omnipotente! tú que ordenas  
La móvil creacion, tú que la impides  
A la nada volver, que el mar enfrenas  
Y el giro eterno de los astros mides;  
Tú que los tiempos con tu nombre llenas  
Y en todo espacio sin cesar resides  
¡Cómo en los mundos tu bondad florece  
Y en los siglos tu ciencia resplandece!

Por ancho mar intransitado y fiero  
De Adan la descendencia separaste,  
Por luengos siglos en su error grosero  
Vivir á los de América dejaste:  
Pero sonó tu hora, y el madero  
De la cruz que en el Gólgota elevaste  
Un mundo y otro mundo contemplaron,  
Y un mundo y otro mundo la adoraron.

¡Cuán grande eres, señor! ¿De tus misterios  
A quién la inmensa magnitud no espanta?  
La tierra duplicó sus hemisferios  
Obedeciendo á tu palabra santa;  
Quisiste, y perecieron los imperios  
Como nube ante el sol. ¿Qué no quebranta  
Tu fuerza? ¿Tu saber qué no ilumina?  
¿Quién ante tí su corazón no inclina?

Yo te admiro en el Gólgota muriendo,  
Yo te venero en Sinaí tronando,  
Te veo el buque de Colón rigiendo,  
Te siento el brazo de Cortés guiando:  
Do quiera el son de tu palabra entiendo,  
Do quiera estoy tu imagen contemplando,  
Y atento siempre á tu favor divino,  
Mi canto bendiciéndote termino.

CANTO II.

El sol apenas desgarrado había  
El húmedo cendal de la mañana,  
Del mar en la aparente pedrería  
Sendas trazando de encendida grana:  
A los reflejos del naciente día  
Con que apacible el cielo se engalana,  
Mientras nuevos alientos peregrinos  
En perfumes la flor y la ave en trinos.

El limpio azul de la risueña esfera  
Del alba invade la creciente zona,  
Que ya de Febo con la luz primera  
Sus arcos de arboles eslabona,  
Y prendida la túnica rastrera  
Que alguna estrella pálida tachona,  
La muda noche de los cielos huye,  
Y á Titan sus dominios restituye.